

más perecedero y destructible, los constructores de estos edificios habían hecho más progreso que en la escultura. Y de que así era en efecto, teníamos la prueba en aquel momento. Los colores son: el verde, el amarillo, el azul, el rojo, y un cierto rojizo que sirve constantemente para dar el colorido de la carne.<sup>1</sup> En los golpes de pincel hay ciertos rasgos que muestran la libertad y destreza con que el asunto era manejado por manos maestras.”<sup>2</sup>

### CAPITULO XIII.

Usos y costumbres.—Habitaciones.—Orden de las ciudades.—Alimentos.—Banquetes y bacanales.—Danzas.—Juegos.—Adornos y vestidos.—Algunas prendas morales, á pesar de muchos vicios.—Honestidad de las mujeres.—Educación de la juventud.—Veneración á los ancianos.—Hospitalidad.—Duelos.—Sepulcros.—Sacrificios y ofrendas por los muertos.—Monumentos conmemorativos.—Incineración de los cadáveres.

Puesto que para conocer bien la historia de un pueblo, es preciso descender á la vida íntima de la familia y observar los usos y las cos-

1 Estas palabras del arqueólogo: *cierto rojizo que sirve constantemente para dar el colorido de la carne*, forman una de las pruebas más concluyentes, de que los antiguos mayas eran ménos prietos, siendo más bien de color rojizo, como atrás, en el lugar correspondiente, dejamos dicho.

2 Stephens. Viaje á Yucatán, tomo II, Cap. XVII.

tumbres, las virtudes y los vicios, vamos á ocuparnos de este importante asunto en el presente capítulo.

Para la vida doméstica comun, los indios mayas fabricaban sus habitaciones regularmente de palizada y hojas de palmas, sobre una pared semicircular de más ó menos amplitud, unas veces construida de cal y canto, otras de adobe, y no pocas de piedra seca, á diferencia de los templos y de los palacios de magnates y sacerdotes, que eran siempre de excelente mampostería y buena arquitectura. Esta se encuentra caracterizada por el arco triangular, que generalmente se nota en las ruinas, y que despues de tantos siglos, ha sobrevivido á las efímeras habitaciones de las humildes gentes del pueblo. La generalidad de esas casas de paja, cuyo uso se conserva hasta hoy, no solo entre los indios, sino en la mayoría de la población, es de buena apariencia y comodidad, como habitaciones adecuadas al clima caluroso: tienen grandes declives ó corrientes por todo el contorno, para que la lluvia y el propio peso no causen daño alguno. Antiguamente los mayas fabricaban por en medio de ellas, á lo largo, una pared, de modo que la pieza quedase así dividida en dos departamentos, á fin de que el del frente sirviese como de sala de recibo, y el otro para la vida íntima de la familia. Para el efecto, blanqueaban y pintaban el primero, y le ponían ador-

nos de telas y figuras de barro y piedra; colocando en la posterior ó recámara, los utensilios demésticos, los penates y sus camas. Estas no eran las hamacas de que en la actualidad todos usan, y que vinieron introduciéndose de las Antillas y de los pueblos de Centro-América, sino una especie de catres bajos, formados de varillas de madera, y encima unas esteras ó tejidos de henequen ó mantas de algodón.

Las ciudades estaban perfectamente dispuestas con mucho orden, celo de policía y adorno de árboles.<sup>1</sup> Por lo comun, en el centro de ellas había una gran plaza al frente del templo ó adoratorio, y contiguas á éste se veían las habitaciones de los sacerdotes y de los señores de la localidad, en seguida las de la gente noble y principal, y despues, en fin, las de las clases inferiores.

Refiere el Illmo. Sr. Landa, que los pozos, en los lugares en que eran escasos, estaban cerca de las casas de los señores, y que éstos tenían sus heredades, plantadas de *árboles de vino*, (que eran matas de *balché*), de algodón, pimienta, maíz, etc.

El alimento consistía principalmente en las diferentes preparaciones del maíz de que hacían varias clases de pan, de manjares y bebidas, así frías como calientes, estimulantes unas

<sup>1</sup> Landa. *Relacion de las cosas de Yucatan*, § XVI.

y refrescantes otras, segun el modo de hacerlas, y segun los ingredientes que les ponían, remojando ó cociendo antes el maíz, ó tostándolo y moliéndolo en un aparato de piedra, sobre un banco de madera. Sazonaban sus condimentos con sal y pimiento (chile), ó lo endulzaban con miel de abejas. Sus vasos, cajetes, platos y jarros eran de muy hermosa variedad, contruidos de barro, de que hay en la tierra varias clases muy buenas y de diferentes colores. La vajilla más lujosa y decente tenía exquisitos esmaltes, labores y figuras en bajo relieve. De estos vasos, así como de las armas de que en otro lugar hemos hablado, tenemos en nuestra coleccion algunas muestras encontradas en las excavaciones que se han hecho en diferentes lugares de la Península.

La gente inferior usaba su bajilla de barro ordinario, y tambien era general en todas las clases el servirse, como de vasos y vasijas, del fruto del jícaro, del cocotero, del calabazo y de otros que sabían preparar y embellecer con variedad de dibujos y adornos. Usábanlos, en fin, tambien de madera (*guayacan*), de grandes conchas marinas y de huesos que pulimentaban y adornaban.

Sus viandas eran animales de caza y pesca, y legumbres, pues carecían de ganado mayor y menor. En cambio, la carne del venado, del puerco y pavo del monte, y de otros muchos

diferentes animales, eran, como son hasta hoy, nutritivo y agradable alimento.

La torta y las bebidas de maíz eran desde la mañana hasta la tarde, los alimentos ménos principales para esperar la puesta del sol ó la noche, que era la hora en que hacían la comida principal de pan y viandas, sobre una manta, ó sobre una estera extendida en el suelo, si eran muchos los comensales, y á veces sobre unas mesas pequeñas, sentándose de tres en tres, ó de cuatro en cuatro, poco más ó ménos. "Por la mañana, dice Landa, tomaban la bebida caliente con pimienta, entre día las otras frías, y á la noche los guisados....., y que hacían del maíz y del cacao una manera de espuma, muy sabrosa, con que celebraban sus fiestas; que sacaban del mismo cacao una grasa que parece mantquilla, que de esto y del maíz hacían otra bebida sabrosa y estimada, y que hacían otra bebida de la sustancia del maíz molido crudo por ser así más fresca y sabrosa." <sup>1</sup>

Celebraban sus banquetes, en que comían y bebían, sirviéndose de una especie de vino llamado *balché*, por llamarse así la planta de que le hacían, fermentado con miel de abejas y agua, y con que se embriagaban; siendo costumbre en tales banquetes, que las mujeres más hermosas diesen de beber á los convida-

1 Landa. Op. cit.

dos, y entre tanto que éstos apuraban el vaso de estimulante *balché* ó la jícara de refrescante *posole*, *keyem*, ellas se ponían de espaldas.

La apoteosis de los dioses, el triunfo de los héroes, la inauguracion de los establecimientos, la ereccion de los templos, el principio y la inclusion de las épocas katónicas, el año nuevo, el gran siglo, los matrimonios, el nacimiento de los hijos y otras mil circunstancias, eran motivos para aquellas fiestas que casi siempre degeneraban en horribles bacanales, cometiéndose muchos y graves desórdenes y delitos. "Eran muy disolutos, dice la historia, en beber y embriagarse, de que les seguían muchos males, como matarse los unos á los otros, violar las camas, pensando las pobres mujeres recibir á sus maridos, tambien con padres y madres, como en casa de sus enemigos, y pegar fuego á sus casas, y que con todo esto se perdían por emborracharse; y que cuando la borrachera era general, de sacrificios, contribuían todos para ella, porque cuando era particular, hacía el gasto el que la hacía con ayuda de sus parientes." <sup>1</sup>

Añade el Ilmo. Landa, que los escanciadores ó coperos, sacaban el licor en los banquetes, de unas grandes artesas, y ministraban cortemente la bebida que se iba distribuyendo, con

1 Landa. Op. cit.

la particularidad de que estos escanciadores no se embriagaban, ni tampoco, en lo general, las mujeres, quienes tenían el cuidado de llevar á sus hogares á los maridos beodos. Sin embargo, D. Antonio de Herrera dice que tambien las mujeres acostumbraban embriagarse.

A pesar del carácter grave y melancólico de estos indios, eran, como grandes idólatras, muy dados á aquellas bacanales, en que se ocasionaban tantos desórdenes; siendo el culto de los ídolos, en que los demonios se hacían adorar de ellos, el principal y continuo motivo de aquellas fiestas, y de los pecados y escándalos consiguientes.

La danza y la música indicaban siempre el carácter de aquel pueblo, porque una y otra eran verdaderamente pesadas, melancólicas y casi monótonas. Esto no quita que hubiese algunas de aquellas danzas de verdadero gusto, donaire é ingenio, como el *Xtol* y otras. “Tienen especialmente, dice el Ilmo. Sr. Landa, dos bailes muy de hombre y de ver. El uno es un juego de cañas, y así le llaman ellos *Colomché*; que lo quiere decir: para jugarlo se juntan una gran rueda de bailadores con su música que les hace son, y por su compás salen dos de la rueda, el uno con un manojito de bohordos y baila con ellos enhiesto. El otro baila en cuecillas, ambos con compás de las ruedas, y el de los bohordos, con toda su fuerza, los tira al otro, el

cual, con gran destreza, con un palo pequeño, arrebátalos. Acabado de tirar, vuelven con su compás á la rueda, y salen otros á hacer lo mismo. Otro baile hay en que bailan ochocientos indios, más ó ménos con banderas pequeñas, con son y paso largo de guerra, entre los cuales no hay uno que salga de compás.”<sup>1</sup>

En aquellas danzas que, en lo general tenían el carácter de sagradas, eran tales los indios que, una vez empezadas, por un día entero no cesaban de bailar, y no era costumbre que las mujeres se mezclasen á bailar con los hombres.

“Tenían y tienen, dice Cogolludo, su cantor principal que entona lo que se ha de cantar, y le veneran y reverencian. . . . Llámánle *Holpoop*, á cuyo cargo están los atabales ó *tunkules* é instrumentos de música, como son flautas, trompetillas, conchas de tortuga y otros que usan.”<sup>2</sup>

Recreábanse tambien jugando á la pelota, y tenían otro juego en que se servían de unas habas como de dados y otros.

Las mujeres eran tan generalmente recogidas y honradas, que fueron siempre celebradas por su pudor, aunque no faltaban quienes entregadas á la prostitucion, hiciesen como en todas partes, la infamia de su sexo y de la humanidad.

<sup>1</sup> Op. cit.

<sup>2</sup> Cogolludo. *Historia de Yucatan*. Lib. IV, cap. V.

Todos generalmente tenían la costumbre de aserrarse por gala los dientes, dejándolos como de sierra, cuya práctica estaba tan arraigada y generalizada, que había matronas cuya exclusiva profesion era la de andar limando dentaduras, sirviéndose para el efecto, de instrumentos de piedra y de ciertas aguas.

Usaban tambien horadarse las narices, esto es, en la ternilla de enmedio, y los extremos inferiores de las orejas, para colgarse pendientes ó zarcillos y argollas de oro, ambar ó piedras preciosas, lo cual tambien usaban los varones. En el cuello, portaban por lujo ricos collares de piedras, de metal, ó huesos bruñidos, con talismanes que eran unas miniaturas de sus dioses ó amuletos.

Labrábanse el cuerpo con dibujos por medio de una operacion dolorosa, que consistía en picarse la piel hasta sangrar, y echar sobre las heridas el jugo de ciertas yerbas ó unguentos, cuyo secreto parece haberse perdido, de modo que en curándose y cayendo las costras, quedaban como pintados y estampados. Aunque el uso de estas labores era comun á los dos sexos, la diferencia consistía en que las de las mujeres eran sólo de la cintura arriba, dejando libres los pechos, mientras que las de los hombres eran en casi todo el cuerpo, preciándose de tanto más valientes cuanto más labrados estaban.

Usaban de unas pomadas olorosas con que se untaban todo el cuerpo, despues de cada baño, que tomaban con mucha frecuencia.

Las mujeres traían el cabello muy largo, que dividían en dos partes, ó trenzaban por atrás, y ataban por diferentes maneras con galan tocado. En cuanto á los hombres, usábanlo tambien largo, pero por lo alto de la cabeza, arrancaban ó quemaban una parte, á fin de que siempre fuese ahí muy corto ó ninguno el cabello, y creciese abundante y largo el de la parte posterior abajo, del cual, trezándolo, hacían una como guirnalda en contorno de la cabeza, dejando una colilla atrás, á guisa de borla. Los nobles usaban ramilletes de flores y yerbas aromáticas, siendo además las pinturas y dibujos de sus cuerpos segun y conforme á la profesion respectiva de cada uno.

Para quitar la prolongacion de la cabeza hacia atrás, y dejarla enteramente redonda y aun casi aplastada, tenían la extraña pero general costumbre de darle una especial configuracion "llanándola, dicen los historiadores, entre dos tablas, á todos los tiernos niños." En efecto, colocados éstos boca abajo, aprensábaseles la cabeza por muchos días en la forma dicha. *Aplastaban sus cabezas y frentes*, dice D. Antonio de Herrera, *y se adornaban con pendientes las orejas*. Alguna relacion ha de haber, pues, entre los mayas y ciertas tribus indígenas del mismo

continente americano, que, por aquella propia costumbre de aplastarse la cabeza, son conocidas con el nombre de *los Cabezas-Chatas*.<sup>1</sup>

Por causa de la costumbre que las madres y niñeras tenían generalmente, de llevar siempre á horcajadas sobre los cuadriles á los niños, éstos crecían y permanecían despues para toda la vida patiestevados, por el mucho tiempo que habían estado con los piés colgados puntas adentro.

---

1 Creemos oportuno y del agrado de nuestros lectores, ofrecerles en este lugar, en la presente edicion, un breve extracto de la interesante carta del Ilmo. Sr. O' Connor, de 13 de Diciembre de 1879, inserta en los *Anales de la Propagacion de la Fé*, número 310, correspondiente al mes de Marzo de 1880, página 201, seccion de las *Misiones de América*, en la parte relativa á los indios conocidos con el nombre de los Cabezas-Chatas, y al hermoso país que en aquella parte del continente habitan. Dice, pues, así el ilustre obispo misionero: "El 19 de Junio de 1879, acompañado de un P. Jesuita, salí de Helena Montana, para hacer una visita á la Mision de los Cabezas-Chatas de San Ignacio en la parte occidental del territorio de Nebraska (Estados-Unidos de Norte-América). En dos horas llegamos á caballo á la cordillera principal de las Montañas-Rocosas, que distribuye sus aguas por un lado á los afluentes del Atlántico y del otro á los del Pacifico. . . . Trepamos á pié la montaña á lo largo de cinco millas (unos 8 kilómetros). Cuando llegamos cerca de las nieves eternas, mientras venía la diligencia, podíamos gozar de la brisa y admirar el sublime espectáculo que se ofrecía á nuestra vista. . . . Despues comenzamos á bajar los declives por el lado del Oceano Pacifico. . . . Teníamos que dejar frecuentemente el carruaje, para trepar espacios que habrían puesto á prueba

El estrabismo no era un defecto, ántes bien se tenía por belleza, de modo que no raras veces procuraban las madres hacer bizcos á sus hijos por arte, colgándoles del pelo ó colocán-

hasta los piés mismos de una cabra; otras veces puestos en la diligencia descendíamos declives que no hubieran osado arrostrar los muchachos más temerarios. . . . Continuamos nuestro viaje. . . . Encima de nosotros veíamos un cielo tan bello como el de Italia; debajo, un valle más encantador que el valle de Cachemira, tal cual lo describe el poeta, ó como la patria imaginaria de Rasselas; una agua límpida circulando por entre las praderas esmaltadas de flores; vallecitos sombríos y misteriosos; cimas de montañas que exceden en altura é igualan en gracia y belleza á las perspectivas del Righi, de Yungfrau y del Matterhorn; montañas, torrentes, valles, sin historia, sin nombre; que los *touristas* no han recorrido, que los poetas no han cantado. Bajo el encanto de esta naturaleza grandiosa, creía estar completamente fuera del mundo. . . . Divisamos por la primera vez la Mision de San Ignacio (de los Cabezas-Chatas); sus cabañas de madera, sus chozas, la iglesia y el presbiterio parecían aplastados por la proximidad de las imponentes montañas que los cubren con su sombra. Todos los indios llevan mantas de diferentes colores (*boggings*) y mocasines; van con la cabeza descubierta, cayendo su larga cabellera libremente sobre sus hombros. Quedé admirado de su bello y regular porte, de su presencia derecha y de su aspecto vigoroso. . . . Entre los mil y doscientos indios de la Mision, solamente hay cinco ó seis que descuidan sus deberes religiosos. . . . Les gusta mucho confesarse, y algunos de ellos si se les permitiese, lo harían más de una vez al día. . . . La piedad en nada ha disminuído la valentía de los Cabezas Chatas, quizá los más belicosos de todas las tribus de las Montañas-Rocosas, porque despues, como ántes de su conversion, han conservado su superioridad sobre sus vecinos los Sioux y los Piés-Negros. . . . Conseguí de los Reverendos